

DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS Y LA POESIA

Por JULIA MÉLIDA

EN estos días que las letras españolas rinden homenaje de fervorosa admiración a la ilustre biógrafa de Tirso de Molina, tras la ingente tarea de recopilar toda la obra de Fray Gabriel Téllez, la crítica ha señalado con unánimes alabanzas cuánto debe nuestra Literatura a esa pluma excelsa de Blanca de los Ríos. Es en la vida del fraile mercedario cual un hito de luz que alumbrara los recovecos del pasado. Investigación erudita y certera que nos presenta con relieve palpable sucesidos ya tan remotos. Acertamos a comprender en la lectura de esos preámbulos de doña Blanca que acompañan la edición última de su dramaturgia completa el porqué, dónde y cuándo escribió Tirso de Molina esas joyas de nuestro teatro clásico. Pero con ser tan grande la deuda contraída por todos aquellos que, dedicados al estudio de nuestros poetas dramáticos del Siglo de Oro, deberán a esas aportaciones de doña Blanca un caudal de testimonios irrefutables, poderosa ayuda en sus tareas analíticas, no es menor el agradecimiento que habrá de guardarle la lírica castellana a esta celosa guardadora de sus más excelsas tradiciones.

La poetisa que hizo sus primeras armas en una revista sevillana bajo el seudónimo de *Carolina de Bloss*, anagrama de su propio

nombre, ha seguido pulsando desde entonces el estro de su inspiración con los más diversos arpeggios. Vibra la sensibilidad, la exquisita ternura amorosa en este su primer madrigal, que escribió siendo una niña :

*Somé contigo en dulce desvarío,
y despierta a los rayos matinales,
escribí con el dedo en los cristales
tu nombre sobre gotas de rocío;
y al desgarrar el congelado velo
a la lumbre del sol, vi, cielo mío,
que era tu nombre azul el mismo cielo.*

Adolescente todavía, siente angustiada compasión, al describir en un magnífico soneto los terremotos que asolaron la región andaluza en el año 1885. Se desborda su exaltación idealista y patriótica cuando evoca al Cardenal Cisneros en estos versos :

*Si Castilla, la mística, la susterá,
la que opona a los cielos su llanura,
que en luz y ensueño astral se transfigura,
forma tomara y símbolo se hiciera,
la carne de Cisneros se vistiera
varón de penitencia y de bravura,
que ciñó al par cilicio y armadura
y cifró el Siglo de Isabel Primera.*

*Fundido en duro bronce castellano,
a las más varias y rebeldes gentes
domaba o bendecía con su mano;
y al imponer a Orán el yugo hispano
logró el triunfo de atar tres continentes
con su Cordón de Nudos franciscano.*

restaurador de la Catedral de León, esculpe en rimas eterinas los colores de sus ventanales :

*Místicos dardos parecen
los rayos crepusculares
que, al transverberar los muros,
lus les arrancan por sangre,
y en las altas rasgaduras
brillan los vidrios radiantes
como visiones de asceta,
cual sol cuajado de imágenes.*

*Son miniaturas de lumbre,
son translúcidos esmaltes
que ilustran la Biblia abierta
de la catedral gigante.*

*Son la leyenda de oro
de los santos y los mártires;
son los ciclos andantescos
y las gestas medievales.*

*La cabellera del día,
destrenzada por los ángeles,
suelta las siete guedejas,
siete colores desparce:
los siete rayos del Iris
con que en mágicos telares
labraron manos divinas
brocados de luz y de aire.*

*Brocados de luz espléndidos,
transparentes, impalpables,
que cuelgan de las ojivas
como velos siderales.
Aureas, celestes visiones
de Vírgenes y de arcángeles
que en cuerpo de luz se asoman
al calado ventanaje.*

*Y por las escalas de oro
que teje el sol de la tarde
descienden de las ojivas,
se posan en los pilares,
por el ambiente litúrgico,
que, como quieto oleaje
de incienso y preces de siglos,
llenan las sagradas neves.
Resbalan como visiones
por espacios irreales,
y al caer sobre las verjas
en mil pedazos se parten,
y otra vez vuelven a unirse
en luminosas imágenes
que el cielo abierto proyecta
en las laudas sepulcrales.*

Como también doña Blanca fué esposa de un artista, supo trazar la semblanza de Leonardo de Vinci, «tirano del color, dios del dibujo», y revivió a las damas del Renacimiento, aprisionado el cuello por una gorguera y el atormentado corazón, cual *ave prisionera, bajo el denso brocado del vestido*. Dibujó, como en alegoría de misal miniado, a las madonas pensativas, y en trazo vigoroso de aguafuerte a los alquimistas de una Venecia medieval.

Y llegada a Florencia, escribe:

*Patria del pensamiento y la armonía,
por madre te escogiera, ¡oh mi Florencial,
si no fuera Sevilla madre mía.*

La autora, con esa inconsciencia de los genios, que no estiman aquello que aciertan a producir sin esfuerzo, derrocha impunemente su tesoro. De un soneto a Zorrilla, tan inspirado de fondo como ajustado de forma y digno de figurar en una antología, no ha conservado siquiera una copia. Sabe que en todo momento la ductilidad de su inspiración le servirá cuantos motivos le pida con alarde de superada maestría. Su lira capta con la rapidez de un objetivo fotográfico la visión de actualidad en las más sonoras estrofas. Así, en el vuelo trasoceánico del *Plus Ultra*, que describe con dimensiones cervantinas de este modo:

*"Don Quijote", el emblema de la Raza,
tornó a volar, jinete en "Clavileño";
mas su volar de ahora no es un sueño,
ni ya el lanzón y la rodela embrasa.*

*Los gigantes que hoy reta y emplaza
son viento y mar, y del espacio dueño,
por magias de la ciencia y del ensueño,
dos continentes con su vuelo enlaza.*

*"Clavileño", el caballo de madera,
le ha robado sus alas a Pegaso
y su aliento inmortal a la Quimera.*

*Paladines del aire, a vuestro paso,
nuestra España Imperial resurge entera
y se encienden sus soles sin ocaso.*

En el centerario del Cid Rodrigo compone estos sonoros octosílabos:

*Los clarines de la gloria,
de la Fama las trompetas,
claman con agudas voces
por la castellana tierra,
y en las altísimas torres
los bronces, heridos, truenan,
y tiembla desde el cimiento
la Catedral burgalesa.*

*Diez siglos ha que Rodrigo
murió lidiando en Valencia,
y ahora le llora Castilla
como si morir le viera.*

*¡Mal hicisteis, castellanos,
en ponerle bajo tierra,
que jamás hizo tal falta
vivo y armado sobre ella!*

En el entierro del poeta Zorrilla improvisa la elegía del gran vate desaparecido con estas estrofas :

*Atrás el endecasílabo,
el soneto y la canción;
callen las rimas de Italia,
y hable el romance español.
¿Hable, dije? Mejor, llore
con perdurable dolor,
que hoy yace muerto en Castilla
quien nueva vida le dió:
¡Zorrilla!, el alma de España,
que en noble barro anidó
para revivir sus glorias,
perdió por siempre la voz.
Muda ésta, por siempre muda
la boca donde cantó,
por los labios del poeta,
la española tradición.*

*¡Hoy entierran a Zorrilla,
y España, que en él vivió,
siente que con él entierran
su gigante corazón!*

La fértil inspiración de tan preclara escritora le sirve en el momento preciso la glosa atinada de sus versos rotundos —peso y vuelo—, con los que acierta a definir sus opiniones y sentimientos. No ha mucho que en un magnífico soneto, publicado en *A B C*, fulminaba contra esa ciencia mortífera de los explosivos atómicos, que desafiaban con sus destrucciones al poder de Dios, Creador del Universo.

Hasta en esas ingratas tareas de búsqueda por archivos vetustos, arrancándoles sus secretos a legajos polvorientos, despunta una gama de poesía en la noble perseverancia de tan insigne polígrafa. Su tenacidad, en la que el corazón puso terco empeño al reivindicar del olvido o desconocimiento la figura del fraile poeta, hubo de ponerse a prueba durante veinticinco años; los que tardara en hacer del mito una leyenda histórica. Con el entusiasmo de su peregrinar devoto en pos de ese rastro escondido de la existencia de Gabriel Téllez, caminó Blanca de los Ríos, segura de que, al fin, hallaría esa prueba fehaciente de su partida bautismal. De tantos buscadores como se lanzaron a escudriñar por los archivos parroquiales del Reino, la aparición de esa fe de existencia, convocados por la Gaceta del Estado en estimulante anuncio oficial, una sola mujer, con aspecto delicado y sutil, envoltura de un temple de acero, culminó la proeza. Su mano leve, al desentrañar de un libro de folios de la parroquia de San Ginés ese certificado de nacimiento del que luego habría de ser altísimo poeta, escribía el mejor romance a la memoria de *Tirso de Molina*, creador del Teatro Español en su más hondo significado. Se había rehabilitado con todos los honores la gloria póstoma del autor, fundido en bronce de Historia.

Porque doña Blanca creyó siempre en la autenticidad de la obra del inmortal mercedario, que algunos habían puesto en duda, fué posible esa confirmación de la fama de *Tirso de Molina*, poeta fecundo y del mayor abolengo en esa tradición de nuestra escena clásica. La *Madrina de Tirso*; así denominaba recientemente a Blanca de los Ríos otra gloria máxima de la Literatura española: Concha Espina, ha debido salvar los abismos del tiempo, al hacer

valoración de esa obra cumbre en un poeta del diecisiete, con el raudo vuelo de su espíritu lírico. De donde llegamos a establecer que el mejor verso de Blanca de los Ríos se contiene en esa filiación legal que le ha producido, dentro de nuestras letras perennas, a *Tirso de Molina*, el verdadero autor de nuestro mejor teatro del Siglo de Oro.

Madrid, junio de 1947.